

TÍTULO DE LA PONENCIA:

El homo constructor: masculinidad y clase entre trabajadores de la construcción
del Área Metropolitana de Buenos Aires

PALABRAS CLAVE:

INDUSTRIA DE LA CONSTRUCCIÓN – MASCULINIDAD – RIESGOS LABORALES

AUTOR:

ÁLVARO DEL ÁGUILA

DR. EN ANTROPOLOGÍA (FFyL-UBA)

LIC. EN HIGIENE Y SEGURIDAD EN EL TRABAJO (UM)

PERTENENCIA INSTITUCIONAL:

CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS LABORALES (CEIL-CONICET)

Email: alvarodelaguila@hotmail.com

adelaguila@ceil-conicet.gov.ar

El homo constructor: masculinidad y clase entre trabajadores de la construcción del Área Metropolitana de Buenos Aires

Introducción

Las obras en construcción representan actualmente los espacios laborales que verifican la mayor incidencia de accidentes de trabajo en Argentina, particularmente en el Área Metropolitana de Buenos Aires – AMBA- (SRT, 2014). Durante 2013, se registraron 113 trabajadores fallecidos a causa de accidentes de trabajo en la construcción, prácticamente la mitad de ellos (48,8%) en obras del AMBA (SRT, 2014).

Frente a este panorama, el propósito de este trabajo será el de abordar el problema de la alta siniestralidad laboral que caracteriza al sector de la construcción atendiendo a *ciertas dimensiones socioculturales* que, a nuestro entender, no han sido suficientemente valoradas a la hora de diseñar programas de análisis y reducción de riesgos. En relación a esto, partiremos de considerar que las nociones de riesgo emanadas de instituciones y organismos de salud pública dan cuenta de un “saber experto” que contrasta sensiblemente con las representaciones que el conjunto de los obreros construye a través de su experiencia cotidiana. Postularemos así que los discursos y prácticas que los trabajadores sostienen respecto a los riesgos que entraña el trabajo en las obras se encuentran anclados a representaciones más amplias sobre la masculinidad y la clase, dando por resultado actitudes que redundan en una mayor exposición a riesgos laborales, así como al “encubrimiento” de un número importante de accidentes sufridos.¹

¹ Los datos de 2013 mostraban a la construcción como el sector con mayor incidencia en accidentes (135,1 accidentados cada mil trabajadores), como el que presentaba la mayor incidencia en muertes (273,3 por millón de trabajadores) a la vez que como uno de los sectores con menor número de accidentes notificados a las Aseguradoras (62.780 frente a, por ejemplo, 144.629 en la industria manufacturera – SRT, 2014).

A partir de esto, el objetivo de la investigación será el de analizar el modo en que el género y las adscripciones de clase intervienen en la configuración de representaciones y prácticas referidas a salud, seguridad y condiciones y medioambiente de trabajo (CyMAT) entre los trabajadores ocupados en la industria de la construcción del AMBA. Para ello, en primer lugar analizaremos brevemente las condiciones de trabajo en la industria de la construcción, considerando la fragmentación interna por especialidades. Luego, nos dedicaremos a relevar las perspectivas de los trabajadores respecto de cuestiones amplias asociadas al género y la clase social, para luego reflexionar respecto de su papel en el proceso de construcción de la idea de *riesgo en el trabajo*.

Material y métodos

La metodología implementada para la realización de la investigación ha sido fundamentalmente cualitativa y etnográfica. Entendemos aquí por etnografía a

La investigación social basada en observación cercana y en el terreno de personas e instituciones en tiempo y espacio real, en el cual los investigadores se acercan (o integran) al fenómeno para detectar cómo y por qué los agentes en la escena actúan, piensan y sienten de una forma determinada (Wacquant, 2003:5)

En particular, nos apoyamos en las técnicas de observación-participante y en la realización de entrevistas en profundidad. Al respecto, vale la pena realizar una aclaración en torno al acceso al campo. Como Licenciado en Salud y Seguridad en el Trabajo, el investigador se ha desempeñado laboralmente en obras en construcción a lo largo de más de una década. Este dato no resulta menor y ha repercutido de distintas formas en la investigación. En primer lugar, y dado que *trabajábamos en las obras al mismo tiempo que hacíamos trabajo de campo*, puede decirse que el rol del investigador no se correspondió con el modo “canónico” de acceso al campo. De alguna manera, comenzamos siendo *participante* sólo para luego convertirnos en *observadores-participantes*. Si bien comenzamos a visitar obras estrictamente con propósitos etnográficos hacia 2011, muchas de las conversaciones y datos de campo que presentaremos tuvieron lugar entre 2002 y 2011, cuando el trabajo en las obras era sencillamente, nuestro trabajo.

Ahora bien, consideramos que esta *condición* repercutió tanto positivamente (dando lugar a una observación-participante “privilegiada”) como negativamente, incidiendo de distintos modos en las disposiciones de los sujetos a participar de la investigación como entrevistados. Siguiendo a Rosaldo (1989), la aproximación e identificación entre sujeto de estudio y analista ubicado y reubicado, depende siempre, aunque de manera parcial, de la intersección de cultura y poder y, en ella, el investigador siempre porta identidades sociales múltiples, derivadas de la pertenencia a comunidades distintas de nacimiento, etnia, socialización, participación política, residencia. Es por ello que, tal vez más que en otros cursos investigativos, la introducción de la *reflexividad* (Guber, 1999) constituyó una piedra angular y una dimensión central de la investigación. Existían cuestiones sobre las que parecía difícil preguntar a los sujetos, sobre todo sabiendo que ellos conocían que nosotros éramos empleados de la empresa. En este marco, buscamos desarrollar una actitud de “vigilancia epistemológica” (Bourdieu y Wacquant, 1995) permanente, que atendiera a los condicionantes a partir de los cuales los entrevistados y nosotros mismos *producíamos* la investigación. Puntualmente en relación a las entrevistas, esto demandó un esfuerzo particular por captar e interpretar las valoraciones que los sujetos hacían de la propia situación comunicativa, sobre todo al considerar que la asimetría entre ellos y nosotros, en la mayor parte de los casos, se encontraba legitimada y objetivada de antemano en los distintos roles que uno y otro cumplíamos frente al proceso productivo.

Con respecto a los sujetos entrevistados, el criterio de selección utilizado es difícil de explicitar, principalmente, por fundarse en cuestiones inherentes al propio trabajo de campo. Existen diversos motivos por los cuales un “interlocutor potencial” se convirtió efectivamente en un “interlocutor real”. Sin embargo, es válido aclarar que la *relación etnográfica* que dio lugar a las entrevistas que aquí se presentan fue sostenida con personas con perfiles muy diversos respecto de: su adscripción política, su condición migratoria, sus ocupaciones previas, su edad, la cantidad de años de residencia en Buenos Aires, su rol en el proceso productivo, entre otros.

Por último, y con respecto a la “muestra” de obras en construcción, entre 2006 y 2015, desarrollamos tareas de prevención de accidentes/observación-participante en unas 97 obras distribuidas en distintos puntos geográficos del AMBA.

Resultados y Discusión

Como cualquier interesado en la temática habrá podido percibir, en las últimas décadas, la categoría de “riesgo” ha aparecido en la escena pública “como factor susceptible de ser evaluado – *risk assesment* -, administrado - *risk management* – y asociado a la toma de decisiones para reducir su efecto” (Suárez et al., 2006: 127). El discurso subyacente (que legitima el interés por mensurar y controlar los riesgos) se vincula a una serie de supuestos que establecen, acriticamente, una relación causal entre ciertos comportamientos y determinados efectos (Susser, 1998). En este sentido, al enfocar en las causas “inmediatas” del accidente, los programas de prevención y análisis del riesgo lo han entendido como producto de “acciones inseguras” (ocasionadas por el ser humano), de “condiciones inseguras” (originadas en su ambiente laboral) o como producto de la confluencia de ambas.

A partir del trabajo de campo realizado en las obras, sostendremos que persiste aún cierto desfase entre lo que el conocimiento experto concibe como riesgo “real” y “objetivo” y las representaciones que de éste construyen localmente los sujetos (Giddens, 1995; Neffa, 2002, Suárez et al, 2006). De acuerdo a algunos autores, el problema se vincula al hecho de que las personas aprehenden el sentido del riesgo anclándolo a ideas previas de significado cultural muy elaborado (Giddens, 1995; Lupton y Tulloch, 2002; Suárez et al, 2006). Si bien esta idea resulta acertada, no es menos cierto que existen condiciones materiales que estructuran de forma diferencial la exposición al riesgo de acuerdo al grupo social del que se trate.

Retomemos entonces algunos abordajes previos. En su estudio sobre los trabajadores de la construcción en Rosario, Silva (2000) consideró que “la forma de actuar de un grupo social frente a los factores de riesgo se explica desde cómo los percibe, los categoriza y les otorga

sentido” (Silva, 2000: 149). De acuerdo a la autora, para comprender el perfil de los trabajadores en el ramo de la construcción es preciso analizar su grado de escolaridad y su carácter migrante. De esta forma, al igual que Rivermar Pérez (2013), Silva relaciona la alta siniestralidad de la industria con la alta concentración de trabajadores (muchos de ellos, migrantes) con niveles de instrucción por debajo de la media. Según estas visiones, el grado de instrucción de los obreros representa “un enorme freno en la capacitación técnica y/o preventiva, tanto si se basa en material escrito como si se extiende a explicaciones orales” (Silva, 2000: 146). Si bien resulta innegable la vinculación entre grado de instrucción y exposición al riesgo, nuestro enfoque buscará complejizar algunas de las afirmaciones sostenidas por estos autores a partir de la introducción de la mirada etnográfica en las obras. Consideramos que existen factores que intervienen y que exceden la explicación que apela al bajo nivel educativo.

A pesar de lo anterior, persiste actualmente una situación por la cual este enfoque *convive contradictoriamente* con la idea de que es el trabajador el que libre y voluntariamente *acepta* el riesgo, como dimensión que inevitablemente traen aparejadas determinadas tareas, y de la cual el trabajador sería consciente de forma previa a su inserción laboral. En su naturaleza contradictoria, nace así una *mirada moderna del riesgo*, entendida como el cálculo probabilístico sobre la ocurrencia del accidente en un contexto que es percibido como *racional* y en el que el accidente es entendido como algo previsible, calculable y, por tanto, asegurable, aunque “esta regularidad no se conozca ni se compute para todas las poblaciones por igual” (Panaia, 2008: 380).

A pesar de este panorama, existen miradas que han logrado captar dimensiones más profundas del accidente de trabajo. Así, el accidente laboral debe ser pensado como el final visible de una sucesión de acontecimientos que describen un entorno penoso para determinados individuos. Sin duda alguna, esto parece cierto para muchos trabajadores migrantes. A pesar de ello, no es posible aún saberlo con exactitud, dado que al día de la fecha la Superintendencia de Riesgos del Trabajo (SRT) no elabora *estadísticas que relacionen la siniestralidad laboral con la*

nacionalidad del trabajador, cuestión que permitiría analizar hasta qué punto el hecho de ser extranjero expone más o no a las personas a sufrir accidentes de trabajo.

En Argentina, la Ley de Higiene y Seguridad Nacional N° 19.587 exige el asesoramiento y la capacitación de los trabajadores en relación a los riesgos a los que se encuentran expuestos y a los modos eficaces para atenuarlos o eliminarlos. Al mismo tiempo, la Ley Nacional de Migraciones N° 25.871 en su decreto reglamentario 616/10 estipula que deberá proveerse de un intérprete en aquellos casos en los que el migrante no comprenda sus derechos y obligaciones. Luego de varios años de trabajo en la construcción, no hemos conocido ningún caso en el que un intérprete haya sido convocado a la hora de brindar capacitaciones sobre riesgo a los trabajadores migrantes guaraní/aymara parlantes. Durante estos encuentros, en más de una oportunidad, pudimos percibir que algunas indicaciones dadas a los obreros en materia de prevención, sencillamente, no estaban siendo comprendidas. A causa de que la normativa referida a prevención del riesgo laboral concibe *a todos los trabajadores como sujetos idénticos frente al riesgo* (con la excepción de algunas distinciones de género, para determinadas cuestiones específicas), suele ser común el surgimiento de “cortocircuitos” en la aplicación efectiva de la ley a los *ámbitos de trabajo reales*. De esta forma, y si bien el espíritu de la normativa parece bienintencionado, al no considerar la dimensión sociocultural del trabajo sencillamente pierde eficacia a la hora de su aplicación. Sería entonces deseable, a nuestro entender, el establecimiento de una relación más estrecha entre la normativa migratoria y la normativa laboral. Pasemos, ahora sí, al análisis de los datos surgidos del trabajo de campo.

Masculinidad y representaciones de clase entre trabajadores de la construcción del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA)

Las reflexiones que presentamos a continuación, sin duda, implican un recorte respecto de otros muchos posibles ejes de análisis.² Sin embargo, y dada la importancia de las dimensiones que destacaremos, será preciso enfocar en los aspectos más salientes del fenómeno. Si bien resulta conocida la sobre-representación masculina que prima en la industria de la construcción a nivel mundial, no debe perderse de vista que existen estudios que demuestran que la mayor parte de las tareas en una obra en construcción bien podría ser realizada por mujeres (Ness, 2011). En este sentido, nuestra intención es la de presentar una mirada desnaturalizada del fenómeno de la presencia cuasi-exclusiva de varones en las obras, para comenzar con esto a pensarla como indicio de procesos menos evidentes de segmentación del mercado laboral.

Los estudios que han abordado los entrecruzamientos entre género y trabajo son abundantes. Si bien, como señala Palermo (2015), se ha estudiado sobre todo la subordinación femenina en el lugar de trabajo (Archetti y Stoler, 1975; Stoler, 1997; Young, 1992) y las desigualdades de género en el acceso al trabajo (Rodríguez Enríquez, 2010, Lobato, 2000, entre muchos otros), lo interesante “es pensar cómo el capitalismo se alimenta del conflicto de género para instituir una formación social, histórica y particular que amalgama un solo sistema” (Palermo, 2015: 103). De forma similar a lo descrito por Palermo para el caso de los trabajadores petroleros, en la construcción muchas veces el propio trabajador oculta los accidentes sufridos con el objeto de no ser considerado una “señorita que no puede aguantar los golpes” (Palermo, 2015).

“La otra vez, no sé qué estaba haciendo, desclavando puntales creo... y me lastimé solo, como un boludo” (Gerardo, obra de Honorio Pueyrredón. Marzo 2009).

Cuando los hombres sí expresan que han sufrido un accidente, en general lo vinculan a su propia falta de atención, no considerando casi nunca el hecho de que las condiciones de trabajo son en

² El foco que proponemos en cuestiones que vinculan riesgo, masculinidad y clase social sin duda representa un importante recorte respecto de muchas otras dimensiones que también participan en la configuración de la vulnerabilidad que este artículo afirma para los trabajadores en la industria de la construcción del AMBA. Sirva de aclaración al lector que no pretendemos bajo ningún punto de vista limitar el análisis de la siniestralidad laboral en la construcción a explicaciones exclusivamente vinculadas al género y la clase, sino simplemente, destacarlas como dimensiones relevantes de análisis. A su vez, no nos será posible aquí abordar en toda su complejidad la dimensión de género que atraviesa la experiencia de estos trabajadores.

sí mismas riesgosas (Palermo, 2015). Palermo relaciona este conjunto de cuestiones a la “trampa de la masculinidad” a la que alude Bourdieu (2012), bajo la cual el varón debe constantemente afirmar su virilidad a riesgo de que ésta sea puesta en cuestión.³

Sin duda alguna, las representaciones de los trabajadores se inscriben en el más amplio “modelo hegemónico de masculinidad” (Cáceres, 2005) a través del cual se presenta a los varones como “importantes, autosuficientes, competentes y poco emotivos, al tiempo que promueve el ideal del soldado guerrero que nunca se rinde, además del de conquistador que gana espacios públicos y es seductor con las mujeres” (Cáceres, 2005: 27). A lo largo del ciclo de vida de los varones, estos elementos sientan las bases para el desarrollo de una identidad masculina, exigiendo ciertos comportamientos a la vez que prohibiendo otros (Connell, 2000). La Antropología ya ha documentado procesos culturales a través de los cuales la socialización masculina demanda sucesivas pruebas de virilidad para ser aceptada como tal (por citar sólo algunos clásicos, Godelier, 1986, Malinowski, 1975 o Turner, 1990). A través de diversos mecanismos, la hombría es evaluada en su proceso y nunca es alcanzada de forma irreversible, sino que, por el contrario, siempre subsiste el riesgo de perderla (Cáceres, 2005).

Así, durante el trabajo de campo, hemos presenciado situaciones en las cuales los trabajadores más jóvenes eran sometidos a lo que podría entenderse como un “rito de iniciación”. En uno de los casos, Lorenzo, un joven paraguayo de veinte años, recibió un golpe de pala intencional propinado por el capataz, de 31 años, argentino hijo de paraguayos. Cuando pregunté por los

³Desde las teorías del construccionismo social, la masculinidad no puede ser pensada como algo dado, como un correlato inevitable de lo biológico. En esta línea, Campero (2014) afirma que la *masculinidad hegemónica*, en singular, tiene más bien que ver con una serie de discursos: frases, actitudes, gestos, símbolos, rituales, que construyen un ideal de cómo un ser humano que nace con pene debe ser, tener y expresar. En este sentido, para Campero (2014) la masculinidad hegemónica construye una mitología. Se utilizan argumentaciones biológicas y etológicas para naturalizar relaciones de poder, objetivando roles de dominador y dominado. Se trata de un ideal regulador. “*Ese conjunto de discursos, relatos que son repetidos de generación en generación por distintas vías, van construyendo toda una mitología y un folclore de cómo se supone que es este macho*” (Campero, 2014: 6) En sus palabras, se trata de entronizar una figura, vinculada con un cuerpo identificado como hombre, que tiene cualidades vinculadas con el poderío, el ejercicio de autoridad, la no conexión con la sensibilidad; con capacidad de decisión racional, que echa para adelante. *Lo femenino hegemónico*, sobre lo que ya teorizaba Simone de Beauvoir en la década del 40, señala que esa feminidad que se construye es complementaria y fabricada por esta masculinidad hegemónica, que necesita pensar la feminidad como subordinada, como inferior, para sostenerse como mitología constituyente de esto que llamamos masculino.

motivos del golpe, el capataz me dijo que lo hizo porque "contesta mal, y uno va acumulando". Dijo que "la otra vez vino amanecido o no sé qué y se tiró a dormir todo el día... yo no le dije nada, le pasé las horas como si hubiera trabajado". Sin embargo, la versión que nos dio el joven era distinta. Cuando estábamos presentes, Lorenzo discutió con el capataz, diciéndole: "¡no podes hacerme eso!" mientras aquél le respondía: "ahora, porque está él (por nosotros) no me respondas mal, no me hables mal". De acuerdo a la visión de Lorenzo, con quien luego pude hablar, el capataz lo había mandado a palear durante horas, mientras los demás muchachos se reían de cómo le costaba hacerlo. Cuando yo pregunté por qué al capataz, él me respondió "*¡que se haga hombre! ¡Tiene que aprender a no ser maricón!*".

Dado que el golpe que le propinó fue bastante importante, el capataz tuvo que llamar a la ART, advirtiéndole a Lorenzo que diga que "se había tropezado" porque de lo contrario no iban querer atenderlo. En ese momento, se me presentó la duda respecto de cómo comportarme frente a la situación ya que, en caso de levantar en peso al capataz, lo estaría desprestigiando frente al grupo y también frente a Lorenzo. Estaría socavando su autoridad. Esto podría dar lugar a que, tarde o temprano, y por cualquier pequeño motivo, el capataz tome represalias contra aquél, pidiendo al ingeniero que saque a Lorenzo de la obra. Con alguna excusa cualquiera, hablaría con la gente de la oficina y pediría que se lo dé de baja porque no lo necesitaba más. La realidad es que, dos semanas después, por lo que parece haber sido una decisión propia, Lorenzo renunció a la empresa.

Ante todo, diremos que el caso analizado representa una situación "extra-ordinaria". En general, los trabajadores jóvenes suelen sobrellevar este proceso de adecuación a la lógica de los obreros mayores de otro modo. Al indagar sobre esto, casi todos recordaban haber sido objeto de burlas durante las primeras experiencias en la construcción. Algo de aquello todavía queda a algunos en los apodos que les fueron dados por otros trabajadores mayores (por ejemplo, al joven al que le decían "Í", que en guaraní es un sufijo que se coloca a las palabras para denotar que algo es "chiquito". Otro trabajador era llamado por sus compañeros "Peque", en relación a su corta

estatura). Sin embargo, estas burlas mutuas suelen ser moneda corriente en los ámbitos de trabajo masculinizados y, a la larga, forman parte del clima de trabajo “normal” de una obra. Al trabajador que es objeto de dichas burlas solamente le queda aceptarlas y reírse de ello. De otra forma, y en caso de tomarlo seriamente y enojarse, estaría faltando a cierto código compartido que legitima el derecho de los más experimentados a mofarse de los novatos. Esto se vincula directamente al hecho de que, al menos en la industria de la construcción, *no cualquier varón es hombre*. La masculinidad, como fuera comentado, debe ser demostrada y nunca es dada por sentado. A pesar de ello, en las entrevistas a los obreros el pasaje de novato a profesional no era presentado como algo traumático. De hecho, muchos de ellos lo recordaban llenos de orgullo, como un momento fundacional a partir del que, gracias a la ayuda y tutela generosa de otro varón con mayor experiencia, fueron poco a poco aprendiendo el oficio de construir (y de “ser hombres”). Como afirma Palermo (2015),

El ritual que transforma al ‘joven duro’ en un ‘hombre duro’ (...) implica transitar a un nuevo estado a partir de una serie de degradaciones asociadas a la violencia –la violación metafórica- que tiene por objetivo subordinar aquello que se considera como femenino. La broma como ritual de pasaje busca, por un lado, doblegar el cuerpo femenino, ‘blando’, violentándolo; y por el otro, marca explícitamente la jerarquía laboral (Palermo, 2015:112).

Es aquí donde las identificaciones se intersectan y la pertenencia de clase estructura el modo de vivir (e iniciarse en) la masculinidad. Como ejemplo de esto, suelen ser comunes entre los obreros las referencias a que los ingenieros y arquitectos (que en principio sólo poseerían un conocimiento “formal” de la construcción, adquirido en una universidad) necesitan de gente como ellos, que sabe cómo solucionar los problemas prácticos, aún a pesar de no tener ningún “papelito” que así lo diga. Y esto se vincula a que el modo general en que los obreros han aprendido ha sido copiando a un mayor y siendo “caraduras” para preguntar lo que no sabían. Desde esta premisa clasificatoria, sólo sería “hombre” quien trabaja con las manos y el cuerpo. Lo femenino se asocia aquí a roles no manuales en la obra. De este modo, y como parte intrínseca de las representaciones más generales sobre la masculinidad, encontramos que la

oposición entre trabajadores “manuales” y trabajadores “intelectuales” cumple una función estructurante y prototípica en las obras, dado que las personas se *diferencian de modo esencial(izado)* a partir de esto. En la construcción están, por un lado, quienes trabajan con las manos y por otro, quiénes no, y esto resulta claro para todos y es la piedra angular sobre las que se interpretan las identidades y las jerarquías en una obra.⁴

Distintos autores (Bonino, 2000; Viveros, 2001) han mostrado que la prescripción de conductas por parte del modelo hegemónico de masculinidad da lugar a cierta *diversidad de conductas*, de acuerdo a patrones de clase, culturales o relativos a adscripciones rurales-urbanas. Siguiendo a Figueroa Perea (2006), los valores “burgueses” (status, decencia, importancia del progreso personal, el rechazo a lo “vulgar”, la educación para la vida pública, todo ello en un contexto de necesidades básicas relativamente satisfechas y con muchas necesidades simbólicas a satisfacer) sostienen importantes diferencias respecto de patrones de masculinidad promovidos en sectores populares (en los que en general se prioriza la supervivencia en un mundo entendido como “duro”, valorándose aspectos como la fortaleza física, la habilidad manual, entre otras). Dicho de otro modo, y si bien existen nodos simbólicos que ingenieros y obreros pueden compartir en tanto *varones*, las diferencias de clase dan lugar a “prácticas de hombría” sumamente disímiles. Podríamos pensar esto en términos de *masculinidades hegemónicas* y *masculinidades subalternas*.

⁴De ahí lo interesante de la figura del capataz como “mediador” entre estas dos lógicas contrapuestas de lo manual y lo intelectual. Su rol será el de facilitar la comunicación entre estos dos mundos, hacerla posible. Si bien no podremos extendernos aquí en los múltiples motivos por los cuales el trabajo manual se presenta de forma desvalorizada frente al trabajo intelectual, diremos que este proceso se ha acentuado a partir de la fragmentación y el debilitamiento que han impuesto a la identidad obrera la globalización y las nuevas relaciones laborales (De la Garza Toledo, 2012). El conocimiento formal se basa en la existencia de “credenciales” que habilitan al ejercicio de la profesión y que, en muchos casos, se vuelven el objetivo del aprendizaje. Por el contrario, el conocimiento práctico se legitima a través de la acción. Dicha acción aparece así como la única fuente de evidencia de la pericia del trabajador. Estos procesos también se vinculan al nacimiento del *management* en la década de 1980, a partir del cual comienza a pensarse a los *managers* como científicos y a los obreros como intuitivos. De acuerdo a Ness (2011), el *Management* en la Construcción surge a partir de la apropiación de una parte del conocimiento de los obreros, a través de un proceso gradual de larga data por el cual se fragmenta lo que solía ser el conocimiento global del trabajador. Lo primero en separarse y “profesionalizarse” es el diseño (Ness, 2011).

Ahora bien, sin duda, esto trasciende los cercos de chapa de las obras. Algunas de estas representaciones no se vinculan ya al rol de los sujetos frente al proceso productivo, sino a otras dimensiones de la experiencia. En primer lugar, debe pensarse a estas masculinidades en oposición a su *Otro absoluto*, es decir, la feminidad. Recordemos que, en las obras, la ausencia de lo “femenino” parece resaltar y reforzar la construcción de lo masculino. Así, la hombría, la valentía, el trabajo duro, el chiste con referencia al sexo, el placer por la comida abundante y el alcohol representan cuestiones que suelen estar presentes en las conversaciones que los trabajadores sostienen entre sí y que son pensadas como esencias masculinas. Por supuesto, estas construcciones particulares de masculinidad no pueden ser consideradas como exclusivas de las obras en construcción, sin embargo, en tanto ámbito donde prima casi exclusivamente el trabajo masculino, se presentan en términos hipervisibilizados.⁵ Recordemos asimismo que, como sugiriera Palermo (2015) en estos ámbitos laborales, “feminizarse sería detener el trabajo a causa de un golpe, demostrar dolor por un corte o preguntar cómo se resuelve alguna situación que suscita dudas”, construcciones sobre la masculinidad de las que sin duda se vale la disciplina laboral “para garantizar un trabajador resolutivo, resistente e invulnerable” (Palermo, 2015: 109).

Una cuestión a destacar aquí es que algunas de estas representaciones sobre lo masculino logran trascender las adscripciones de clase y ser compartidas por *cualquier varón*, más allá de si realiza trabajo manual o intelectual. En este sentido, existen representaciones que pueden dar lugar a conversaciones y bromas entre obreros e ingenieros que logran “suspender” momentáneamente la asimetría de clase. Un ejemplo de ello son los ya citados “asados de obra”, que suelen ser identificados tanto por obreros como por jefes de obra (ingenieros, arquitectos) como momentos especiales y de gran disfrute. El asado en las obras puede ser pensado como un

⁵ Recordemos que, en general, la mujer suele estar excluida de estos ámbitos laborales. Decimos “en general”, dado que es cierto que existen arquitectas, ingenieras y especialistas en higiene y seguridad que cada tanto se ven en las obras.

ritual simbólico a través del cual las jerarquías laborales se “difuminan” momentáneamente y jefes de obra y obreros pueden sentarse a la misma mesa.⁶

En oposición a esto, existen prácticas que sólo llevan a cabo los obreros, sin la participación de ingenieros o arquitectos. Un ejemplo de ello son las jugadas de quiniela colectiva que suelen realizar a números que alguno de ellos soñó. En términos generales, puede pensarse que la quiniela da cuenta de un conjunto de significados que son compartidos por los obreros, y que hablan de una visión sobre el futuro, sobre las jerarquías y sobre ellos mismos. Esto también suele ser común a la experiencia de cualquier obrero, más allá de su nacionalidad o su adscripción étnica.

Ahora bien, también existen prácticas que el sentido común suele asociar a la clase trabajadora, como si se tratase de cuestiones que no se encuentran en otros grupos sociales. Un buen ejemplo de ello lo constituye el uso del alcohol. Desde la perspectiva de algunos empleadores, éste representa un grave problema y, como nos comentara un jefe de obra, “uno tiene que agradecer que no vengan todos los días en pedo” (Leo, Jefe de obra Juana Manso. Octubre de 2102).⁷

Lejos de querer analizar esta cuestión con liviandad, la traemos a colación con el objeto de mostrar los múltiples modos en que la masculinidad y la clase se traducen en prácticas sociales concretas que, por un lado escandalizan a los sectores dominantes y, por otro, son motivo de burlas y chistes entre los propios obreros. En una de Puerto Madero, la Dirección de Obra comenzó a exigir que a las 7 de la mañana, cuando los trabajadores comenzaban a llegar a las obras, se les hiciera un control de alcoholemia para prevenir accidentes vinculados a su uso. Si

⁶Ribeiro describió a este tipo de mecanismos como destinados a generar cierta “apariencia de solidaridad” (2006:164), dado que sirven para transmitir la sensación de relaciones supuestamente igualitarias. De acuerdo a Ribeiro, este modo de relacionarse usualmente resulta funcional al desarrollo de la producción en el ramo de la construcción. En palabras del autor, la apariencia de solidaridad “actúa como un incentivo de la cooperación entre los trabajadores individuales en sus grupos, o como un incentivo a la cooperación de los diversos grupos entre sí ya que, a través de recursos como éste, se ajustan más a la jerarquía propia de la actividad productiva” (Ribeiro, 2006: 164).

⁷ En otra oportunidad, llegamos a una obra un día lunes con el objetivo de entrevistar a algunos trabajadores. El capataz nos dijo: “Hoy no vino la mitad. Si vos los querés agarrar a todos, no te vengas el lunes porque estos siguen de largo el fin de semana y recién amanecen mañana (...) Si los querés agarrar a todos veníte el día que se paga la quincena, ese día no falta ninguno” (Simón, capataz de obra. Pumacahua, Septiembre de 2009).

bien existió resistencia por parte de los trabajadores, el por entonces delegado gremial no pudo hacer mucho, dado que el tratamiento de las adicciones era esgrimido por la UOCRA (Sindicato Obrero de la Construcción Argentina) como parte de las políticas sanitarias que buscaba extender entre sus agremiados. El hecho es que un trabajador misionero de unos 60 años (a quien llamaremos “Rodríguez”) no lograba pasar satisfactoriamente el examen, por más veces que lo hiciera a lo largo de una semana. Luego de conversar con él, nos confió que todas las mañanas, al bajar del tren en Plaza Constitución, tomaba una medida de ginebra y que, con eso, “*andaba bien*”. El problema surgió a partir de que la Dirección de Obra exigió que Rodríguez deje de tomar como requisito para su ingreso a la obra lo que, cuando intentó hacerlo, dio lugar a temblores que se prolongaban durante la jornada de trabajo. El Jefe de Obra debió interceder por él para que no sea desafectado de la obra, bajo la condición de que iniciara un tratamiento.

El otro caso que relataremos refiere a una pelea que tuvieron un paraguayo y un correntino y que terminó con la muerte de uno de ellos. La pelea sucedió en las inmediaciones de una obra del barrio de Belgrano, cerca de las dos de la mañana de un sábado de 2005. Los trabajadores se habían quedado tomando cerveza, dado que habían terminado tarde con el hormigón y preferían quedarse despiertos o dormir en la calle, antes que regresar a sus hogares en el conurbano bonaerense para tener que regresar a la obra nuevamente en pocas horas. A partir de una serie de discusiones (que no vienen al caso, pero que versaron sobre el descreimiento del paraguayo respecto de las aseveraciones del correntino sobre un pasado pugilístico prometedor en Corrientes) se dio la pelea en la cual el obrero paraguayo perdió la vida. “Mamita querida”, como le decían a este trabajador, fue acuchillado con una faca perdiendo mucha sangre.

Estas situaciones (que desde una lectura racialista se justificarían a partir del carácter primitivo de los trabajadores) dan cuenta de la dura realidad que atraviesa toda la clase obrera, sin ningún tipo de distinción nacional, étnica o de género. Sin duda las dos situaciones sólo pueden ser cabalmente interpretadas en términos de una subsunción profunda de la vida al capital. En relación a esto, y al igual que lo afirmado por algunos autores para otros ámbitos de la vida

social (Figueroa Perea, 2006), sostenemos aquí que una de las principales causas de la siniestralidad laboral en la industria de la construcción se vincula a la existencia de un modelo de identidad masculina “que celebra la vivencia de situaciones de riesgo” (Figueroa Perea, 2006: 47) y “el descuido y abuso de las capacidades corporales” (Bonino, 1989). Algunos autores han llegado a proponer la hipótesis del *mito del héroe* como explicación de las razones que llevan a los varones a exponerse intencionalmente a situaciones que ponen en riesgo su integridad física en procura de legitimarse como varones (Figueroa Perea, 2006: 48). Sin duda las situaciones retratadas bien podrían servir de ejemplo a ello.

Nos queda referir brevemente a dos últimas cuestiones en relación a la construcción de lo masculino en las obras. La primera se vincula a la oposición que mantiene la masculinidad heterosexual con otros modelos de sexualidad y de elección del objeto de deseo. Como dijimos, en clara continuidad con lo anterior, el mandato hegemónico prescribe que el hombre sea sexualmente activo y que “conquiste” mujeres. Así, la homosexualidad será rotundamente prohibida y a partir de esto, tal vez constituya el campo semántico alrededor del que gira la mayor parte de las bromas en una obra.

En una oportunidad, nos tocó llegar a una obra y preguntar por un trabajador a quién no veíamos hace tiempo. La respuesta que obtuvimos fue que “se había ido a tramitar el subsidio”. Ante mi incertidumbre, pregunté a qué se referían con eso. Me respondieron que “*se fue a tramitar ese subsidio que ahora van a dar a los travestis... de ocho mil pesos!*”. Todos reímos por la ocurrencia. El obrero que me había hecho la broma me dijo luego: “*Por 8 mil pesos por mes, ¡hasta yo entrego el culo!*”. Así, y si bien se trata sólo de una anécdota, la misma permite captar la marcada oposición que la masculinidad obrera opone a la masculinidad homosexual. De acuerdo a Palermo, estas bromas de carácter sexual simulan, al parecer, rituales de pasaje que marcarían cuales son los atributos necesarios y aceptados para las prácticas laborales y cuáles no” (Palermo, 2015: 112).

La última cuestión a la que referiremos se vincula al modo en que es procesada la infidelidad masculina y femenina por los obreros. También se trata de un tema muy recurrente en las bromas de los trabajadores. Como lo expresan los dichos de “Guampi” (un obrero a quien justamente llaman así como una broma respecto de sus cuernos o sus “guampas”): *“de la muerte y de los cuernos nadie se salva”* para, a continuación, decirle a otro *“te falta morirte nomás a vos, Darío”*.

Existe una figura central en la representación de la infidelidad de la mujer hacia el hombre que es la figura “mítica” del “pata de lana”. La masculinidad construye este mito alrededor de la ausencia del hombre que sale a trabajar lejos de su hogar. Resulta así común a todos los trabajadores, que se ven obligados a “descuidar” sus hogares, al menos en el sentido de ausentarse varias horas, día tras día. Entre ellos, existe el miedo de que, mientras él no esté, llegue a su casa un silencioso “hombre con patas de lana” para engañarlo con su mujer. El mito del “pata de lana” resulta así de un procesamiento colectivo sobre la propia situación. Es una forma colectiva de reconocer la imposibilidad de controlar a la mujer durante las horas de trabajo. Este mito, presentado como chiste, sirve para resistir la incertidumbre. Puede leerse como producto de la contradicción que les implica “trabajar para la familia” y, al mismo tiempo, verse obligado a “descuidarla” diariamente. En relación a esto, uno trabajador me comentó: *“somos todos del club, con los años que tengo seguro ya me gorriaron”*. A los obreros sólo le queda reírse de esto o, al menos, eso es lo que perciben como única alternativa. Como contraparte, está presente la idea de que, cuando a uno de ellos se le presente la oportunidad de estar con alguna otra mujer, tendrá que hacerlo, dado que es hombre y eso se espera de él. Tal vez, psicológicamente, esto opere como mecanismo de defensa para sostener la incertidumbre y la incapacidad de controlar lo que hace “su mujer” mientras ellos no están aunque, claramente, no podemos afirmarlo con certeza.

Conclusiones

A través de las páginas, quisimos plantear un primer acercamiento a la cuestión del vínculo entre género, clase social y configuración del riesgo laboral en las obras. Pudimos ver que los modelos de masculinidad que oponen a los obreros de la construcción de otros varones que ejecutan trabajos no manuales en las obras se apoya en cosmovisiones estructurales muy disímiles respecto al trabajo y, por ende, respecto del riesgo al que unos y otros estarían expuestos. Coincidimos con otros autores en que en este tipo de espacios laborales prima cierta “exaltación de la masculinidad” (Marques, 2010, citado en Palermo, 2015: 75) que se expresa en la exacerbación del cuerpo del trabajador varón de clase obrera. Como señala Palermo, “se afianza un ideal de musculatura que es glorificado e impulsado por medio de valores ligados al esfuerzo y la disciplina, consolidándolos como atributos ‘propios’ de la masculinidad” (Palermo, 2015: 75). De esta forma, el esfuerzo físico, la potencia y la disciplina aparecen como índices del “ser trabajador de la construcción”, resultando sumamente funcionales a la explotación de la fuerza de trabajo, pero además predisponiendo a los trabajadores a no denunciar los accidentes y/o a encubrir situaciones riesgosas.

Si bien existen múltiples dimensiones que no pudimos abordar aquí, quisimos abrir algunos interrogantes respecto de cómo estas dimensiones socioculturales pueden intervenir dando lugar a actitudes temerarias y de sobreexposición a riesgos en el trabajo. Sin duda, resta aún mucho camino por andar con el objeto de alcanzar una comprensión profunda de los modos en que riesgo e identidad se imbrican e interdefinen mutuamente en el marco de las obras en construcción de edificios.

Bibliografía

ARCHETTI, E. y STOLEN, K. A. **Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino**. Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.

BONINO, L. **Mortalidad en la adolescencia y estereotipos masculinos**. Trabajo presentado las I Jornadas de Atención Primaria de la Salud, Lanús, Buenos Aires, 16 de Septiembre de 2002.

BOURDIEU, P. **La dominación masculina**. Barcelona: Anagrama, 2012.

BOURDIEU, P. y WACQUANT, L. **Respuestas, por una antropología reflexiva**. México: Grijalbo, 1995.

CAMPERO, R. **A lo macho. Sexo, deseo y masculinidad**. Montevideo: Fin de siglo, 2014.

CONNELL, R. **The men and the boys**. Cambridge: Polity press, 2000.

DE LA GARZA TOLEDO, E. La subcontratación y la acumulación de capital en el nivel global. En CELIS OSPINA, J.C. **La subcontratación laboral en América latina**. México: Clacso, 2012. 17 – 40.

DEL ÁGUILA, A. El que no se la banca, mejor que se dedique a otra cosa: riesgo, masculinidad y clase entre trabajadores paraguayos en la industria de la construcción del AMBA. **Runa**, 36(1), 46-63, 2015.

FIGUEROA PEREA, J. Elementos para el estudio de la sexualidad y la salud de los varones integrantes de las Fuerzas Armadas. En PANTÉLIDES, E. y LÓPEZ, E. **Varones Latinoamericanos**. Buenos Aires: Norma, 2006. 47-74

GIDDENS, A. **La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración**. Madrid: Amorrortu, 1995

GODELIER, M. **La producción de los Grandes hombres: Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea**. Madrid: Akal Universitaria, 1984

GUBER, R. **La etnografía. Método, campo y reflexividad**. Buenos Aires: Norma, 1995

IERIC **Informe de Coyuntura de la construcción**. Informe N°87 correspondiente al período Noviembre - Diciembre 2012. Buenos Aires: IERIC, 2013.

LOBATO, M. Entre la protección y la exclusión. Discurso maternal y protección de la mujer obrera, 1890-1934. En SURIANO, J. **La cuestión social en Argentina, 1870-1943**. La Colmena, Buenos Aires, 2000. 245-275.

LUPTON, J. y TULLOCH, D. Life Would be Pretty dull without risk: Voluntary risk-Taking and its Pleasures. **Health, Risk and Society**, 4, 113-123, 2002.

MALINOWSKI, B. **The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia**. Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1975.

NEFFA, J. **¿Qué son las condiciones y medioambiente de trabajo? Propuesta de una perspectiva**. SECYT-CEIL-CREDAL. Buenos Aires: Humanitas, 2002.

NESS, K. Constructing masculinity in the building trades: Most Jobs in the construction industry can be done by women. **Gender, Work & Organization**, 6: 113–137, 2011.

PALERMO, H. Machos que se la bancan: masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina. **Desacatos**, 47. 100-115, 2015.

PANAIA, M. **Sociología del riesgo. Accidentes de trabajo en el sector informal**. Buenos Aires: Nobuko, 2008

RIBEIRO, G. L. **El capital de la esperanza: La experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia**. Buenos Aires: Antropofagia, 2006

RIVERMAR PÉREZ, M. L. Las nuevas formas de proletarización. Trabajadores mexicanos en la industria de la construcción estadounidense. **Temas de Antropología y Migración**, 6, 6-22, 2013.

RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, C. Análisis económico para la equidad: los aportes de la economía feminista. **Saberes. Revista de Ciencias Económicas y Estadística**, 2, 3-22, 2010.

- ROSALDO, R. **Cultura y verdad**. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989.
- SILVA, M. A. Precariedad y salud en los obreros de la construcción. ¿Saldos de final de milenio? **Medicina y Sociedad**, 23, 147-162, 2000.
- STOLER, A. Sexual Affronts and Racial Frontiers. European Identities and the Cultural Politics of Exclusión in Colonial Southeast Asia. En COOPER, F. y STOLER, A., (eds) **Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World**. California: University of California Press, 1997.
- SUÁREZ, R., BELTRÁN, E. y SÁNCHEZ, T. El sentido del riesgo desde la antropología médica: consonancias y disonancias con la salud pública en dos enfermedades transmisibles. **Antípodas**, 3: 123-155, 2006.
- SUPERINTENDENCIA DE RIESGOS DEL TRABAJO (2014) **Informe anual de accidentabilidad laboral 2013 Resumen Ejecutivo**. Disponible en: www.srt.gov.ar
Accesado el 27 de Julio de 2015.
- SUSSER, I. Does risk Factor epidemiology Put epidemiology at risk? Peering into the Future. **Journal of Epidemiological Community Health**, 52: 608-611, 1998.
- TURNER, V. **La selva de los símbolos**. Madrid: Siglo XXI, 1997.
- VARGAS, P. **Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra: identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción**. Buenos Aires: Antropofagia, 2005.
- VIVEROS, M. Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity. **Men and Masculinities**, 3: 237 – 260, 2001.
- WACQUANT, L. Ethnographic: A progress Report on the Practice and Promise of Ethnography”. **Ethnography**, 4:5-14, 2003.
- YOUNG, I. Marxismo y feminismo: más allá del ‘matrimonio infeliz’ (una crítica al sistema dual). **El Cielo por Asalto**, 4(2), 1992